

EL ARTISTA.

PERIODICO SEMANAL.

NUMERO 3.º

MADRID
MUNICIPAL
HEMEROTECA



EL DUQUE DE ZARAGOZA.



En la tarde del miércoles de Ceniza, día consagrado á la oracion y á la penitencia, una multitud abigarrada de comparsas haraposas, con extravagantes vestidos, ahullando, tocando trompas, caracoles y pitos, cantando salmódias cínicas, arrastrando odres de vino ó inmundas esteras, saltando, corriendo, blasfemando, se deslizaba como una serpiente de mil colores, por entre las seguidas hileras de álamos que conducen á la puerta de Bilbao, al embarcadero del Canal y á la estéril pradera del Manzanares. — Al mismo tiempo descendía por la calle de Atocha, con direccion al templo un cortejo fúnebre compuesto de nobles, de generales, y de soldados que marchaban al son de cajas destempladas, enlutadas las corbatas de las banderas, y escoltando un carro rodeado de negros crespones que encerraban los restos mortales del Duque de Zaragoza. — Aquel contraste era horrible, despedazaba el corazón de los amantes de las glorias españolas.....

— En uno de los encuentros desgraciados que tuvieron las tropas españolas con los

fogosos voluntarios de la república francesa, salió herido en el pecho un cadete de temprana edad que pertenecía á la compañía flamenca que guardaba la Real persona. Era este jóven bizarro D. José de Palafox y Melci, nacido en Zaragoza de nobles padres el 28 de Octubre de 1775. — Treinta y tres años despues era brigadier este cadete, y oyó resonar el clarín guerrero en todos los reinos de la Península española. Aragon gritó venganza tambien con duro brio y le tomó por gefe creyendo hallar en Palafox un hombre digno de mandarle. — Pronto llegó la hora de la prueba. — Zaragoza fué embestida por las águilas triunfales. — La historia de la defensa inaudita de aquellos insignes patricios es un poema; los héroes Palafox y el pueblo. — Las mugeres, los niños, los ancianos fueron allí mas valientes que los personajes fabulosos de la Iliada. — La metralla, las bombas, los batallones invencibles, el hambre, la peste, se estrellaron contra la santa lealtad de aquellos pechos mas firmes que la roca secular que en vano azotan las ondas. — Palafox fué atacado por la fiebre, y como Alvarez en Girona, derramó lágrimas de rabia al saber el rendimiento honroso. Como Alvarez Castro fué tambien preso traidoramente.

Desde entonces su nombre es un padron

TOMO I.

Febrero 21 de 1847.

de gloria, como los de Castaños y Reeding. — En 1809 fué nombrado capitán general. En 1834 al marchar á ponerse á la cabeza del ejército del Norte, para defender á su Reina, recibió en premio de sus servicios pasados el justo y honroso título de Duque de Zaragoza. — Procer, senador y jefe de los alabarderos planteó el cuartel de inválidos: que es de valientes honrar á los valientes. Murió el sábado 13 á las diez de la mañana.

Gallardo en la apostura, hermoso de semblante, noble, franco y denodado se hacia querer y respetar de todos....

Sin embargo, detras de su atahud bullia el pueblo radiante de alegría, y en su cortejo iban los grandes solo y los que obedecen á la ordenanza. Resto de nuestras glorias era su preciosa vida, y al perderla ni uno solo de los que hacemos versos para el descuadernado album de una coqueta, ni uno de los que perdemos nuestra juventud y nuestro corazon entre los trabajos periodísticos, entre las luchas políticas, hemos ido allí á derramar una lágrima sobre aquella tumba, á deshojar una corona, á cantar un himno. Esa clase media cuya independencia labró el héroe de Santa Engracia, cuya emancipación comenzó, cuyos derechos escribió con su sangre, faltaba allí; aquel pueblo con su sarcástica alegría estaba demas. — ¿Qué somos ya los hijos de Pelayo, los descendientes de Hernán Cortés, para ver indiferentes la pérdida de un héroe? — Lo que somos... ¡causa vergüenza decirlo!...

José Giménez-Serrano.

EL PARAISO Y LA PERI.

Leyenda oriental (1).

Estaba una mañana
Del Eden á las puertas, con doliente
Y triste aspecto, de beldad galana
Una Peri, que oyendo dulcemente
Murmurar de la vida los raudales,
Que allí ruedan con mágica armonía,
Y en sus alas, de aquella lumbre pura
Que por las puertas del Eden salía,
Mirando los reflejos inmortales,
Lloró al pensar que á tan sublime altura
Ninguna de su raza llegaría.

(1) Esta leyenda está traducida libremente de la que escribió en inglés el célebre Tomás Moore. Hace parte de su famoso cuento titulado Lala-Rook.

Para mayor inteligencia del texto traduzco casi todas las notas del autor.

Y dijo—¡cuán dichosos
Son los santos espíritus que habitan
Los prados olorosos,
En donde nacen las eternas flores
Que nunca se marchitan!
Por aspirar tan solo los olores
De la menor entre ellas,
Las que la tierra en sus entrañas cria
Debidas á mi amor, y las estrellas
Flores del ancho espacio olvidaría.

Es de la fresca Cachemira el lago
Hermoso con las Islas de palmeras
Que en él se miran, plácido el ruido
De sus fuentes, soberbias sin estrago
Del rápido Altan-Kol las hondas fieras,
El oro en sus arenas esparcido (1);
¡Pero las aguas del Eden sonantes
Cuánto mas puras son y mas brillantes!

¡Ay! si de un orbe en otro luminoso
Por toda la creación tiendo mi vuelo,
Y en número asombroso
Todos sus goces junto,
Y por siglos sin fin los multiplico;
Jamás equivaldrán á los del Cielo
En un solo minuto y en un punto.»

El angel que guardaba
Las puertas de la luz, sintió el quebranto
De la Peri, sus quejas escuchaba,
De compasivo llanto
Asomó al par a sus brillantes ojos
Una lágrima hermosa, que al rocío
Aventajaba de las santas flores
que en el cielo cultivan los Amores;
Y así le habló por consolar su pena.

«Enjuga el llanto, ninfa, que serena
Vuelas, aunque tan bella desgraciada,
Aun es dado á tu afán en la morada
De los santos pensar, que del destino
En el libro divino
Escrito está.—La Peri que desea
Pasar del aire á la región del Cielo,
Lo que mas grato á la deidad le sea
A sus puertas que traiga desde el suelo,
Y el perdón conseguido,
La gloria morará:—del don querido
Dirige pues, en busca el rauda vuelo.»

Como el cometa fúlgido ligera,
Cuando al disco del sol su curso guía,
O cual la exhalación que en la sombría
Noche ilumina la dormida esfera,
Quizás dardo que envía
Un angel del Señor á los malvados
Espíritus que el cielo con su orgullo
Pretenden escalar (2): así la Peri
Con los brazos alados,
De la azulada bóveda desciende,
Cuando ya de la tierra se colora

(1) El Altan-Kol, ó Rio dorado del Tibet, que desciende á los lagos del Sin-su-jai, tiene abundancia de oro en sus arenas, y los habitantes se emplean en recogerlas durante el verano.—Description of Tibet in Pinkerton.

(2) Los Mahometanos suponen que las exhalaciones son unas flechas de fuego, que los ángeles arrojan á los diablos que tienen la osadía de acercarse mucho al cielo.—Frofer.

La faz, con la mirada que la Aurora
De sus ojos flamígeros desprende.

¿Mas dónde irá el espíritu del viento,
A encontrar su presente? «yo (decía),
Del alto Chilminar en el cimientó
Los inmensos montones de rubíes
Y las cándidas perlas que los Genios
Escondieron he visto (1), yo poseo
La copa de diamantes guarnecida
De Jamshid su monarca, toda llena
Del elixir de vida;
Y del Arabia amena
Mas allá, mi deseo
Pueden saciar aun con perfumadas
Playas las islas del aroma, ahora
Por siempre hundidas en la mar sonora (2).
Mas nada son las joyas comparadas
Al sagrado fulgor, con que marcadas
Quedan de Alá las huellas
En su trono de estrellas;
Y de la vida el elixir lo mismo
De su honda eternidad con el abismo

Mientras que así decía,
Ya con ligeras alas sacudía
La Peri el tibio perfumado ambiente
Del territorio indiano,
Donde descansa el férvido oceano
Sobre rocas de ambar y corales (3);
Do las montañas del erguido seno,
Fecundo con los rayos celestiales
Del rojo sol de Oriente,
Dán un tesoro de diamantes lleno.
De cuyas fuentes frescas y serenas
Al murmurar sonoro,
Las ondinas adornan las arenas
Con arenas de oro.
Cuyos bosques de sándalo fragante
Y fresco cinamomo, el Paraíso
Pudieran ser de nuestra hermosa Peri.
Mas, ¿por qué sus arroyos de humeante
Sangre humana se tiñen?
Al arrullo del céfiro ligero,
Del moribundo el grito postrimero
Se mezcla, y de las flores
Los hermosos colores
Manchan con roja sangre los que riñen.

Tierra del Sol, ¿quién ora
Con planta destructora
Invade tus pagodas, tus jardines,

(1) Los cuarenta pilares: así los persas llaman á las ruinas de Persepolis, é imaginan que sus palacios, é igualmente los edificios de Balbec fueron edificadas por los genios, con el intento de esconder en sus cavernas subterráneas inmensos tesoros que aun allí permanecen. - D'Herbelot-Vulney.

(2) Las islas de Panchaia. Diodoro coloca estas islas al Sur de la Arabia feliz, donde habia entonces un templo de Júpiter. Al presente han desaparecido en un abismo abierto á sus pies por los fuegos subterráneos. - Voyage to the Indian Ocean.

(3) Nada hay comparable al mar de la India, cuyo seno enriquecen las perlas y el ambar gris, cuyas montañas cercanas á la playa están llenas de oro y piedras preciosas, cuyos golfos producen sóres que dan el marfil, y donde entre las plantas que crecen en sus costas se ostentan el ébano, la madera de Hairzau, el aloe, el alcanfor, el clavo, el sándalo y toda clase de especierías y perfumes; donde los papagayos y los pavos reales son aves silvestres, y el almizcle y la algalia producciones indígenas. - Travels of two Mohammedans.

Tus sagradas cavernas, y los tronos
De oro y marfil de tus monarcas quiere
Robar, en sus enconos
Los ídolos rompiendo,
En cuyos altos templos los Bramines
Están sus sacrificios ofreciendo?

Mahmud de Gishni es (1), fiero en su ira
Se acerca; de los reyes las coronas
En el vil polvo con desprecio tira;
Adorna sus lebreles (2)
Con las hermosas joyas arrancadas
A las tiernas gargantas profanadas
De las Indias matronas;
Del oculto Zenana arranca impio
La inocente doncella,
Y de sus templos sobre el mármol frio
Los sacerdotes sin piedad degüella.

La Peri al observar horrores tales
Volvió llena de enojos
Hácia otra parte los divinos ojos;
Y abandonado en fin de sus parciales
Vió sobre el campo fiero
De la lucha mortal, jóven guerrero
Que defendiendo aun la patria amada,
En la mano derecha
Tiene ya rota la sangrienta espada,
Y en el ancho carcax la última flecha.
Vive guerrero, el vencedor le dijo,
Tu gozarás tambien de la victoria,
Si eres del indio territorio hijo
Ya has cumplido con él lleno de gloria.
El juvenil soldado
No responde, y el dardo que guardaba
En la cóncava aljaba
Hácia el rio dirige, colorado
Con la sangre aun caliente
De tanto patrio defensor valiente;
Porque es su intento el acabar la vida
Dando la muerte al invasor tirano.
Mas ¡ay! que parte en vano
Aunque bien dirigida
La flecha, porque el viento ó el destino
Le dan otro camino.
El invasor aun vive
Y muerte el héroe con valor recibe.

La Peri que notó donde tendido
En brazos de la muerte,
Quedó el guerrero fuerte;
Cuando ya de la guerra
Miró por un momento
Mas tranquila la tierra,
Ligera cruzó el viento,
Sosteniéndose ufana
En un rayo del sol de la mañana;
Y recogió en su seno
De la sangre del ínclito soldado

(1) Mahmud de Gishni conquistó la India á principios del siglo XI. Véase su historia en Dow y Sir J. Malcolm. Volvió á su país natal con un inmenso tesoro, y en el año 400 de la Egira preparó á las puertas de la ciudad una magnífica fiesta, donde mostró al pueblo su riqueza en tronos de oro y otros ornamentos soberbios. - Kerisnia.

(2) Se cuenta que el aparato de caza del Sultan Mahmud era tan brillante, que llevaba consigo mas de 400 perros adornados con ricos collares llenos de piedras preciosas y cubiertos con mantas bordadas de perlas y oro. - Universal history.

La postrimera gota,
Cuando aun su libre espíritu sereno
No habia el cuerpo mortal abandonado
Su dulce union con la materia rota.

Este será el presente con que el cielo
Conquistaré, la Peri se decia,
Mientras que el raudal vuela
A la mansion eterna dirigia:
Que si en la lid que la ambicion provoca,
O la venganza loca,
Es con crimen la sangre derramada;
La que se vierte por la patria amada
Y sacrosanta libertad, merece
En el cielo brillar, que resplandece
De Dios ante los ojos
Siempre el valiente corazon, que entrega
Muriendo en la refriega
A la tierra sus miseros despojos,
Sin doblegar al yugo
La libertad que á Dios darnos le plugo.

Dulce, le dijo el angel, la preciosa
Sangre al tomar en las radiantes manos,
Es del héroe la sangre generosa,
Digna del cielo, honor de los humanos.

*Mas del Edem la puerta cristalina
No resuena con música divina,
Ni se abre para tí: marcha, la tierra
Un presente mas grato darte puede,
Aun de su seno el cielo te destierra,
Su gloria si lo alcanzas te concede.*

(Se continuará).

J. Valera.

EL HORÓSCOPO.

Estamos, á decir del siglo, en uno ilustrado, investigador, material, y segun mi opinion incrédulo: no obstante pululan las gitanas, que por una módica cantidad dicen sendas buenas-venturas, y las viejas que venden filtros para enjendrar el mal de amores, y leen en los naipes lo porvenir. Si estas profesiones prosperan en un siglo tan material, investigador é ilustrado, figúrense nuestros lectores cuánta importancia debian tener en la primera mitad del siglo décimo cuarto, y un país tan atrasado y supersticioso como la Bretaña de entonces. Basta, pues, de preliminar y vamos á entrar en materia.

En el castillo de la Mote de Broon, á seis leguas largas de Rennes, vivia un hidalgo de antigua estirpe, pero aunque claro en apellido escaso en riqueza y poder. Este castellano se llamaba Renato Du Guesclin, estaba casado con una noble dama, y tenia entre otros hijos uno, que á la corta edad de seis años se distinguia por su robustez, por lo tosco y desapacible de sus facciones, por la firmeza de su carácter, y por un temerario arrojo, muy difícil de comprender en los tiernos años de la infancia.

Este niño llevaba siempre un grueso baston, del que hacia frecuente uso en sus repetidas contien-

das, y con su genio pendenciero se habia enagenado poco á poco el cariño de los que le dieron el ser, hasta tal punto, que no le permitian sentarse á la mesa en compañía de sus padres y menores hermanos.

Un jueves, día de la Ascension, segun el historiador cuenta, aunque el año no nos refiere, estaba la madre de este niño sentada á la mesa con sus otros dos hijos, en tanto que el mayor, místico y solo, esperaba en una mesita que le sirvieran su correspondiente desayuno. Cansado de esperar su vez, se levantó resueltamente, y dirigiéndose á sus hermanos, preguntó con voz imperiosa:

—«Quiero saber de qué privilegio gozais para comer con nuestros padres, mientras yo espero que me sirvan y como aparte, cual si fuera un criado ó el mas despreciable de la familia. ¡Vive Dios! que voy á sentarme entre vosotros, y si me oponéis resistencia echaré á rodar cuanto encuentre.»

Los hermanos no replicaron, el niño se sentó entre ellos y empezó á comer con arrogante continente. Su madre, que siempre procuraba enfreñar aquel carácter indomable, le reprendió agriamente su conducta, mandándole dejar su puesto, y ocupar el que le tenian señalado. Ofendido el niño con las palabras de su madre, se levantó atropellado y airadamente, volcando la mesa y echando en tierra cuantos manjares contenia. Este incidente, bien fuera casual, bien calculado, le valió nuevas reprensiones maternas, denostándole en ellas con que no merecia llevar su apellido, y que acabaria por ser la deshonra de una respetable familia.

Tan ágras y ofensivas razones dejaron al niño confuso, melancólico y enojado. Solo, en un extremo de la estancia, lloraba en el fondo de su alma, porque las pupilas del tierno infante no se habian humedecido jamás. A esta sazón penetró en el aposento una conversa del juidaismo, muger un tanto familiarizada con los secretos de la medicina, y que accedia al llamamiento de la castellana, cuyas dolencias habia varias veces aliviado. Antes de saludar á nadie se dirigió la sábia conversa al pequeño héroe de nuestra historia, y poniéndole la mano en el hombro le dijo: «Dios te bendiga.»

El niño creyó que estas palabras lejos de revelar cariño encerraban un grosero sarcasmo, y levantándose pálido de cólera esclamó.

—«Váyase de aquí la judia, ó, vive Dios que le romperé mi baston en las espaldas.»

—«No te ofendas, repuso la judia con un acento de inspirada, tu porvenir será tan brillante como ese sol, que derrama mares de luz desde su trono de topacios: y tu serás el mas ilustre entre los varones de tu linage.»

El mayordomo del castillo, que oyó las palabras de la conversa, la interrumpió diciéndole:

—«Mala tierra ha elegido, hermana, para que lleve tan buen fruto.»

—«En esta tierra brotará, prosiguió diciendo la adivina con una exaltacion creciente, antes que la caña, la espiga. Amado de las flores de lis, las unirá á los castillos y leones, el mundo admirará sus hechos y varios reinos serán el teatro de sus portentosas hazañas. Pondrá reyes y quitará reyes, como la segur del segador cercena las mieses: de aventurero llegará á capitán, será conde, duque,

mandará ejércitos de otras naciones, y como condestable de Francia llevará á su lado la oriflama.

—¡Es posible! exclamó la madre del niño.

—Es seguro: repuso la conversa: y para que ninguno de sus predecesores ni sucesores le iguale en honra, sus cenizas reposarán en el panteón de San Dionisio con las de los reyes de Francia.

La castellana envanecida con horóscopo tan brillante, abrazó á su hijo llena de orgullo maternal y el niño agradeció este abrazo mas que el vaticinio de la conversa.

Pasados los primeros momentos de escena tan tierna y fantástica, mandó la castellana que sirvieran á la judía con abundante desayuno. El mayor-domo, que era cristiano muy añejo, obedeció de mala gana, y entre rencoroso y mohino sacó á plaza un capon apoplético y una botella de buen vino. El niño se levantó al momento, despedazó el capon, llenó una gran copa de vino, é hizo los honores de la mesa á la que le habia favorecido con tan lisonjero pronóstico.

Inutil será manifestar que el horóscopo se cumplió diciendo, que el niño brusco y obstinado se llamaba BELTRAN CLAQUIN.

J. de Ariza.

RECUERDOS DE UN BAILE DE MASCARAS.

CUENTO A DORILA.

Yo no sé cómo mi acento

Te diga que al ciego niño

Por tí rendido me siento,

Porque me sobra cariño,

Y me falta atrevimiento.

Por mas que el temor me enfrena

Callar no puedo la pena

En que por tus ojos vivo;

Que el mas humilde cautivo

Gime al son de la cadena.

¿Mas quién me asegura, di,

Que si te digo: «¡Ay hermosa!

Muerto de amores por tí,»

Con sonrisa desdeñosa

No te has de mofar de mí?

Mientras halla mi talento

Algun término á esta lucha

Que me da fiero tormento,

Hermosa Dorila, escucha,

Que voy á contarte un cuento.

Erase que se era un baile

Donde yo tambien dancé,

(Si danzar aquello fué)

Porque nunca he sido fraile,

Ni lo soy, ni lo seré.

Allí estaba media Europa,

Medio mundo. ¡Qué de trajes!

Y entre galopa y galopa

Cegries y Abencerrajes

Bebían en una copa.

Abriendo paso los codos

Corrían de ceca en meca.

Alegres y no beodos,

Dido, Cleopatra, Rebeca,

Cimbros, lombardos y godos,

La música hacia son

Y bailaban la mazurca

Sin maldita la aprension

Un paleta y una turca.

Una china y un valon.

Otros van al ambigú

Y entre damas y clientes

Consumen medio Perú,—

¡Y qué llaneza de gentes!

Todos se hablan de tú.

Allí el gigante, el enano,

La ochentona, la pupila,

El agreste, el cortesano;

Todos, ¿lo creerás, Dorila?

Tenían voz de *soprano*.

¡Cuánta cabeza al través!

¡Cuánta farsa de entremés!

¡Oh qué de figuras raras!...

Todas, todas con dos caras,—

Y algunas tenían tres,

No se andaban por las ramas

Mas de cuatro mozalvetes,

Y entre galanes y damas

Llovían los epigramas

Y los dimes y diretes.

Te digo á fé de varon

Que no sé como describa

Tan amable confusion

Y tanto dulce empuellon

Por activa y por pasiva.

No faltó algun colegial

Que viendo tanto bullicio

Dijo con voz doctoral:

Este es el *final del juicio*,

Si no es el *juicio final*.

Dudé yo si aquel salon

De palaciegos seria;

Y no estrañes mi opinion,

Porque á millares habia

Semblan.es de quita y pon.

¿Cuándo se ha visto en Iberia

Reir con la cara seria?

¿Quién muestra el rostro sereno

Con un áspid en el seno?—

Pues de todo hubo en la feria.

¡Qué estrepitosa alegría!

¡Qué broma! ¡Qué algarabía!

¿Quién no estaba divertido?

Solo algun sandio marido

O hostezaba ó gruñia.

Muchas hembras con teson

Conservaban el carton,

Y otras muchas al instante

Lo apartaban del semblante:—

Todas con mucha razon.

Todo allí se confundia:

La viuda con la doncella;

La sobrina con la tia;

La horrorosa con la bella;

La paloma con la arpia.

¡Oh! si te contara yo

Milagros de una careta,

Prodigios de un dominó...

Detente, lengua indiscreta.



Chismecillos? Eso no.

«Farsas, caretas... ¿Hay tal?

En vez de pintar su amor,

Un baile de carnaval

Me pinta ese buen señor,»

Dirás tú ahora.—Cabal.

Temo que un *no* me escarmiente

Y busco rodeos mil;

¿Mas qué amor es prudente?

Huyendo del peregril,

Me va á salir en la frente.—

Has de saber que en la sala,

Volviendo al baile y al cuento,

Me embromó cierta zagala

Que era de gracia un portento,

Y dé hermosura y de gala.

Desnudo el brazo de nieve,

Ceñía airóso corpiño

Aquella cintura leve,—

La madre del ciego niño

Con menos gracia la mueve.

Peine de plata labrada

Con gentileza preñada

Su cabellera trenzada,

Y el propio metal lucía

En una y otra arracada.

No pintaré su primor;

Que aquel dorado cabello

Me parecía mejor,

Y aquel torneado cuello

Es plata de mas valor.

De matizado percal

Era el limpio zagalejo,

Y á su talle celestial

Daba mas brio y gracejo

El ligero delantal.

Aunque envidioso cubría

Cándido cendal su pecho,

¡Ay! yo vi como latía,

Y en mi amoroso despecho

¡Mal haya el cendal! decía.

Mostraba el pie sin cautela,

Y algo mas la alegre saya;

Y aunque soy buen centinela,

Aun decía yo: ¡Mal haya

Tanta abundancia de tela!

La careta que llevaba

Apenas sus labios rojos

Como al descuido enseñaba,

Y dos rayos en sus ojos

Con que mis almas llagaba.

¡Cuán grato y suave su aliento

Llenaba de aroma el aire,

Mi corazón de contento!

¡Cuál brillaba su donaire

En el menor movimiento!

No se muestra tan lozana

Al despuntar la mañana

La gaya rosa de abril,

Cual mi máscara gentil,

Cual mi fresca valenciana.

¡Qué garbo! ¡Qué bizarria!

¡Qué despejo de mozuela!

¡A cuántas sonrojaria

En la huerta de Orihuela,

Y en la playa de Gandía!

Yo la dije mil amores,

Que no tuvo por agravios,

Porque, grata á mis loores,

Las palabras de sus labios

Fueron otras tantas flores.

Su mórbida mano hermosa

Me abandonó generosa;

Yo en las mias la estreché,

Y aun en mi fiebre amorosa

Jurara que la besé.

Depuesto el carton esquivo,

Vi luego en su cara bella

Tan poderoso atractivo,

Que desde entonces sin ella,

Dorila hermosa, no vivo,

Y este iman de mi deseo,

Tesoro de los placeres,

Envidia de las mugeres

Y de los hombres recreo...

Dorila amable, tú eres.

He aquí mi cuento acabado

¡Ah! No me muestres ahora

El lindo rostro enojado;

No la que esperaba aurora

Se torne fiero nublado.

Si eres conmigo inhumana,

Si mi esperanza aniquila

Tu tibieza cortesana,

Me quejaré de Dorila

A mi dulce *valenciana*.

Otra vez dame la mano,

Y tú verás cuán ufano

El néctar en ella bebo...

Aunque te cubras de nuevo

Ese rostro soberano.

Niégueme Dorila el sí,

Y, pues mi bien sólo fundo

En la máscara que vi,

Sé Dorila para el mundo,

Valenciana para mí.

¡A! no imites por mi mal,

Pues tu hermosura me hechiza,

Esa costumbre fatal

De convertir en ceniza

Las glorias del carnaval;

Y si al fin me has de afligir

Con un *no*; si desdeñado

Decretas verme morir...

Haz cuenta que te he contado

Un cuento para dormir.

M. B. de los Herreros.

EL BARBERO DE UN VALIDO.

CRONICA DEL S. ILO XV.

III.

CASO INCREIBLE.

«— Bien aseguraba yo que el día había de ser aciago:—» decía maese Blas con la boca llena de sopas de ajo, las cuales le ayudaba á despachar de una escudilla su dignísima consorte, la señora Inés. «No puedo atinar la razón porque han levantado esa máquina delante de nuestra puerta con un pasadizo que conduce á casa de Gonzalo Vaz... ¿Será por ventura?...» —diciendo esto miraba

á su muger á ver si ella acababa la frase; pero la tia Inés estaba con el alma entregada al miedo, y nada le repuso: entonces maese Blas prosiguió: «¡No; no puede ser!... A tanto no se atrevería el rey: preso en un castillo tal vez, y eso es lo que se decía estos días en palacio... ¿pero ajusticiado?... ¡eso es materia imposible!».

— «¿Y qué te importa á ti todo ello?», — contestóle por fin la tia Inés, acabado que hubo de rebanar la escudilla. «¿Que te importa el fin que se llevan en poner ahí ese tinglado? Que sea para ver jugar cañas y correr toros, ó para dar garrote ó degollar á alguno, ¿qué tienes tú que ver en eso? Come tus sopas, y dá gracias á Dios sin cuidarte de mas.»

A este tiempo echó una mirada maese Blas hácia la plaza, y lanzó involuntariamente un grito de horror. «Santo Dios.»

Inés dirigió la vista hacia allí. Varios hombres estaban cubriendo de una tela negra el cadalso, y el corredor que con él comunicaba. Era evidente que iban á ajusticiar á alguno.

Y con efecto ya se veían desembocar por uno de los ángulos de la plaza los alcaldes y corregidores de la corte con sus hopas rozagantes, y en pos de ellos los demas empleados de justicia con los oficiales de la casa real.

Maese Blas estaba inmóvil y aterrado, como si á sus pies hubiese caído un basilisco.

Sacóle de su estupor el ruido de unas espuelas que sobre la escalera sonaban; bajo de ella un caballero y entró en la tienda.

— «Maese Blas, ¿podrías buscarme unos higos frescos?»

— «Si, señor, — Yo mismo iré á cogerlos á la higuera del cercano donde ví ayer algunos maduros.»

— «Pues cogedlos y llevadlos arriba si no os demorais mucho; subid tambien un pichel con vino.»

Dicho esto, salió el caballero: montó en un caballo, y partió á rienda suelta por medio de la plaza.

El barbero obedeció; luchaban en su alma el terror y la curiosidad. Alegróse por tanto que se presentase un tan poderoso motivo de dominar aquel y satisfacer esta, corrió ligero al cercado, cogió los higos y subió con ellos al cuarto de Gonzalo Vaz, no sin haberse procurado antes un pichel de vino.

Miró así que entró; y un estremecimiento involuntario agitó todos sus miembros: un caballero, que no podía ser sino el que entró encubierto, estaba sentado en una silla. Era él — era el mismo que maese Blas se speechara. Viéndolo estaba, y no lo quería creer.

— «Venid aca maese Blas, y dadme eso que traeis» — dijo Ruy Tellez que estaba en pie al lado del caballero.

El barbero obedeció.

— «Quisiera poder ¡agároslo; dijo el caballero, pero no me es posible. En este instante soy mas pobre que el mas pobre de mis vasallos, mis riquezas consisten apenas en algunos momentos de vida. — ¡Dios os recompensará!»

Todo esto fué dicho con voz firme y serena. En seguida el caballero escogió de entre los higos aquellos que le parecieron mas frescos y maduros, se los comió, y bebió un sorbo de vino.

Fray Pablo que estaba al otro lado le dijo con voz solemne. — «No os llameis pobre, señor. La bienaventuranza os espera, y la bienaventuranza de un martir no es pobreza. Dejais muger, hijos, riquezas, y vasallos; pero mas que todo eso vale el reino de Dios.»

El caballero volvió los ojos hácia la ventana, y los clavó en el cadalso.

— «Nuestro primo es aficionado á hacer las cosas á guisa del rey de Francia. ¡No ha mucho tiempo que recostado conmigo en una ventana de palacio, me describió la forma del cadalso en que aquel monarca mandara degollar á uno de sus duques, y no echó en olvido la idea, á lo que parece, para el caso presente! — Ruy Tellez, ved que ufano se encamina hacia aquí Francisco de Silveira con las insignias de merino mayor.»

Ruy Tellez miró y vió entrar en la plaza á Francisco Silveira refrenando su fogoso caballo: la vergüenza le hizo asomar los colores al rostro; aquel miserable habia aceptado el cargo de conducir al misero caballero al lugar del suplicio; y el marqués de Manálva se habia negado á desempeñar las funciones del suyo, para no asistir á los últimos instantes de un desventurado amigo; hizo mas; él y otros muchos hidalgos ofrecieron al monarca dar sus fortalezas en rehenes por el sentenciado; mas nada logró ablandar el ánimo del rey, ni de su valido Anton de Faria. Decretada estaba la muerte del caballero; y el juicio y sentencia que le llevaban al patibulo no eran mas que fórmulas vanas que debían dar apariencias de justicia á lo que solo era obra de la venganza y tal vez de la política.

El caballero que habló en la tienda con maese Blas, volvió á presentarse en el umbral de la puerta: traía el rostro pálido y desencajado. Dió algunos pasos y vino á colocarse frente por frente del sentenciado.

— «¿Qué nuevas traeis, señor?» Preguntó fray Pablo.

— «No queda ninguna esperanza. Nada es capaz de ablandar la ferrea voluntad del rey.»

— «Dios le perdone — dijo el reo en voz baja. ¿Y mis hijos?»

— «Están seguros. Fernan Rodriguez Pereira se fugó con ellos á Castilla. La Reina Doña Isabel les servirá de amparo.»

— «¡Loado sea Dios! Moriré tranquilo.»

Estas fueron las últimas palabras del infortunado caballero. Fray Pablo le habló al oído; púsose en pie, y el monge ocupó el asiento que aquel dejó, era la confesion postrera.

Maese Blas estaba inmóvil en un rincón de la estancia, junto á la puerta, con los ojos espantados y la boca entreabierta. Ruy Tellez le hizo seña de que fuese bajando.

Y el barbero bajó.

IV.

Caminaba el caballero sentenciado al suplicio, y á su lado el venerable fray Pablo y otros dos sacerdotes que con fúnebre melodía entonaban algunos pasajes estraidos del libro de Job, y de ese tesoro inagotable de consuelos llamado Biblia. En pos del reo caminaba un bulto de hombre, todo cubierto de luto: un ancho capuz le ocultaba el rostro, y una soga de esparto, ajustaba á su talle un largo sayal que le caía hasta los pies: era el verdugo.

Llegaron por fin al teatro donde debía representarse aquel drama terrible, y oyóse entonces la voz del pregonero que decía:

«Justicia que manda hacer el rey D. Juan en la persona de D. Fernando, Duque de Braganza, por crimen de alta traicion.»

Tres veces sonaron estas palabras á las cuales el Duque respondió en voz baja: «Digan lo que quieran.»

Detúvose el reo en medio del cadalso, donde habia una especie de tabladillo: el ejecutor le dijo que se echase allí; él obedeció despues de quitarse del cuello un relicario que entregó á fray Pablo, diciéndole.

— «Dad esto á la señora Duquesa. No olvidéis tampoco lo que os tengo recomendado. Que vaya á pedir por la salvacion de mi alma: un rosario á Santa Maria de Guadalupe, y otro al Santo Sepulcro de Jerusalem, Dios tenga piedad de mí!»

— «¡Amen!» — contestaron los tres sacerdotes.

— «¡Jesus!» — fué el grito que se oyó despues de un silencio mortal: este grito partió á un mismo tiempo de todos los ángulos de la plaza. La cabeza del duque de Braganza, D. Fernando II, habia sido separada de su cuerpo: — Viérase centellear en el aire la cuchilla del verdugo como el fulgor de un relámpago.

El ejecutor sin descubrirse el rostro, volvióse pausadamente por el pasadizo enlutado á casa de Gonzalo Vaz. Nadie pudo adivinar quien era: hubo personas entre el pueblo que por el aire del cuerpo llegaron á sospechar que fuese el propio D. Juan II en persona: pero nadie las dió crédito; eran de esas imaginaciones que se inclinan siempre á lo maravilloso.

No faltó tampoco quien se atreviera á hacer preguntas acerca de esto á maese Blas, el cual sonriéndose mudaba siempre de conversacion: — probablemente porque le parecería ridícula y extravagante tan horrorosa idea. Empero de lo que muchas veces se acordó maese Blas, así como la demas gente, fué de la historia de la pedrada que el rey tiró en la orilla del Tajo, y de la esclamacion del cardenal Costa, antes de marcharse á Roma.

La primer cabeza en que diera la piedra despedida de la mano del rey, fué en la del duque de Braganza. Juzgado camarillescamente, por jueces que no eran sus iguales, acusado por testigos viles y por sus enemigos mortales de tratar traicion á favor de Castilla y contra su rey, fué condenado sin oírle; y el caballero que habia sido el intimo amigo de Alonso V, el señor feudal que podía sacar de sus tierras dos mil lanzas, y diez mil peones. armados, no tuvo una lanza que se enristrase por él, ni una ballesta que se encorbase en su defensa.

(Se continuará).

Isidoro Gil.

CARNESTOLENDAS DE 1847.

Con las repetidas fiestas, viene el cansancio: con la riqueza de placeres y de impresiones, la melancolía. — ¿Quién no tiene amargura y dolor al contemplar en su desnudez y ordenar en su mente los hechos aprendidos en medio de los alardes de esta sociedad, que nos oprime y arre-

bata en sus rápidos y descompuestos torbellinos?

—El misterio fué el origen de las máscaras entre los orientales, el cinismo las hizo populares en Grecia, la galantería les dió carta de naturaleza entre las razas bárbaras establecidas en occidente. Poética, llena de interés dramático, de picantes é ingeniosas aventuras, agradable á los ojos, rica de impresiones, era una fiesta cortesana cuando las damas se cubrían con la mascarilla de raso, y los caballeros se disfrazaban con los trages de sus nobles antepasados, ó con los pintorescos vestidos del pueblo. —Voluptuosos, radiantes de placeres, eran tambien esos bailes donde todos se mezclaban y confundian, y el gozo, la música, la luz, el magnetismo de los ojos, el fantástico giro de las danzas, las voces y el confuso movimiento y alegría formaban esa armonía universal, que se encuentra en todos los espectáculos sublimes de la naturaleza. —Pero estas fiestas, de que hemos gozado en los primeros albores de nuestra juventud, se han corrompido con la indiferencia, con el desbordamiento y el positivismo de la presente sociedad.

En la confusion de Villa-hermosa, en las alegrías del Instituto se veían á los hombres de valer, á la juventud granada, en reposo y con una compostura desdeñosa. Las mugeres que tienen en algo su pudor, escondidas, llenas de disgusto, ajenas á la expansion del baile y de las burlas. —En tanto esos niños presumidos de hombres, que aun no han pasado la alfombrilla, esas mugeres que van siempre con la sociedad, por desmoralizada que sea, esos hombres que se abandonan, ofrecian el mas repugnante de los espectáculos. ¡Cuán horribles eran los enmascarados enseñando lo interior de su pecho! El traidor y cobarde prodigaba allí escudado con el carton denuestos y amenazas á su leal enemigo, el hipócrita era cínico, las mugeres fáciles. Unos hacian vana ostentacion de Tenorios, muchos afectaban el gracioso acento de Andalucía, todos se fingian beodos, y confundiendo la franqueza con la desvergüenza, con el insulto, con la procacidad, rompian vallas que jamás dejó de respetar un español, un caballero. Habia, por desgracia, sonrisa para estas gracias, halagos para estos imbéciles. Vestales con ropas haraposas y en estado interesante; beatas cubiertas de cólera con caretas magulladas, robustas aldeanas de manos callosas, de orejas grandes, de pies escabrosos, escoltaban á estos mancebos deseosas de cebarse en sus bolsillos. La inocente satisfaccion de la cena se habia confundido con la gula y la embriaguez. —Era aquello en fin una bacanal sin la trágica poesía de los grandes vicios, sin la vida del talento. La imagen de nuestra sociedad, corrompida y cínica, indiferente, estúpida.

Afortunadamente las fiestas particulares han compensado este disgusto y descontento de las fiestas públicas. —El último baile de palaciego fue mas brillante aun que los anteriores, porque la fantasía de los sastres y de las modistas pudo estenderse lozanamente para vestir con arreglo á todos los tiempos y á todas las clases. —En casa de la señora Condesa de Montijo se vieron tambien en el último de sus saraos, los mas elegantes trages de las mas diversas y encontradas épocas y paises. El severo general de la república francesa, el atildado noble

que se batia con su blanca casaca en La Vendée, los provocativos vestidos á la Pompadour, los lunares y los rizos empolvados, el suelto marinero inglés, el severo corpiño, la graciosa chamberga, la trusa, el pesado maragato, el falso griego, la supersticiosa y alegre gitana, el facil y airoso escocés se mezclaban allí con el postillon irlandés, con las gallardas amazonas á la prusiana, con los uniformes diplomáticos, con el guardia nacional portugués, con los caballeros de San Juan, con los hidalgos de la maestranza, y con algunos prosáicos *fracs* que vergonzantes, á pesar de sus placas y cintas, se deslizaban por entre aquellos pintorescos grupos.

El conde Yumri y la señora de Requena han cerrado asimismo sus reuniones escogidas con brillantísimos bailes concurridos por lo mas notable de todos los círculos de la corte.

Aquí en estos salones perfumados se respiraba el dulce ambiente de la cultura, la fácil alegría del bienestar. Estas fiestas hacen que olvidemos hasta el repugnante espectáculo del entierro de la sardina, ridículo por demas entre un pueblo que de nada se priva *ya* en la cuaresma, y que ha convertido la saludab e abstinencia de nuestros padres en la ordinaria desmoralizacion de siempre.

G.-S.

REVISTA DE LA SEMANA.

PRINCIPE.—*El que menos corre vuela*, comedia original. — CRUZ. — *El Sacristan de San Lorenzo*.

El corto espacio de que podemos disponer nos obliga á dejar el detenido examen de la ingeniosa comedia de los Sres. Doncel y Valladares para el próximo número: no estamos sobrados de obras tan habilmente trazadas, de comedias originales con tan buen sabor y tan bien escritas que sea justo pasar por alto y como de corrida por su aparicion en la escena española. — Por hoy nos ceñiremos á conceder justos elogios á los actores que en su ejecucion tomaron parte. — Romea (D. Julian) dibujó con tanta exactitud los pequeños detalles que completan el carácter delicado de Eguía, y tocó tan bien las escenas de los actos 2.º y 3.º, que por ello mereció repetidísimos aplausos. — Matilde desempeñaba un papel en abierta contradicción con el de la noble matrona esposa de Guzman el Bueno; y sin embargo, con esa difícil facilidad que encuentra el talento y la inspiracion en todas las cosas, en todos los trances de la vida, del drama y de la comedia, arrancó las simpatías, el dolor, la franca alegría de los espectadores para el *duende de palacio*, para la camarista Isabel: juguetera, artera, enamorada con el purísimo sentimiento de una niña, animó con la música agradable de su voz, con el encanto de su sonrisa, con la gracia de su accion los versos que los poetas habian puesto en boca de la enamorada de Eguía: tal vez realizó su papel. — Romea (D. Florencio) tambien conquistó aplausos, y hasta los cortesanos cuya proverbial torpeza es siempre risible, merecieron agradar al público con su marcada inconstancia.

La paródia de la *Lucía*, que ha escrito el Sr. Azcona con singular donaire, atrae numerosa concurrencia al coliseo de la Cruz. Caltañazor, Lumbreras, Aznar y la Señorita Noriega han entendido bien las caricaturas de la letra española: sobre todos el primero, que hace recordar al dulcísimo Moriani. — Estamos en la cuaresma y sigue sin interrupcion esta farsa de Carnaval á pesar de los actores que en ella toman parte. Esto prueba que la Empresa del teatro de la Cruz solo piensa en el *vil interés*, sin atender á justos reparos, ni á costumbres venerandas. Hace bien, puesto que se lo consienten, para mayor honra y gloria suya.

José Gimenez-Serrano.

Imprenta de Alhambra y Comp., calle del Burro, núm. 4.